

**INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN.
ECOTEOLÓGÍA ANTE UN MUNDO AMENAZADO
UNA VISIÓN AGUSTINIANA**

Prof. Gonzalo Tejerina Arias, OSA.
Iquitos, 20 de mayo de 2013.

- I. Introducción: la amenaza y el desafío del desequilibrio ecológico
2. Los factores fundamentales de la crisis ecológica
 - Agotamiento de recursos y materias primas
 - Contaminación del medio físico
 - El calentamiento global y el cambio climático
3. Movimientos sociales y políticos de lucha contra la crisis: La Convención Marco de la ONU (1992), el Protocolo de Kioto (1997) y las Cumbres sobre el cambio climático.
4. Actitudes o estrategias generales ante el desequilibrio ecológico:
 - La permanencia de una mentalidad posesiva, explotadora, de signo prometeico.
 - La opción por la salida naturalista del ecologismo radical.
 - La visión bíblica del hombre como tutor responsable de la creación de Dios.
5. Los desarrollo generales de una eco-teología desde la fe en la creación
6. Inspiraciones del pensamiento agustiniano sobre la relación del hombre con el mundo.
 - La ontología del orden.
 - La paz, *tranquilitas ordinis*, como derivación del cultivo del orden.
 - La belleza como esplendor formal del *ordo rerum*.
7. Una meditación agustiniana sobre el cuidado de la Creación desde la metafísica del orden, la paz y la belleza.
 - Reconocimiento de la existencia de un orden objetivo previo
 - Paz con las criaturas: La creatividad humana en diálogo cordial con el orden natural
 - Tutela de la belleza del mundo y el embellecimiento espiritual del hombre.
 - El radical antropológico: el ordenamiento y la pureza del corazón humano
8. Conclusiones: una espiritualidad del orden, la paz y la belleza en la creación bella y ordenada de Dios.

INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN. ECOTEOLÓGÍA ANTE UN MUNDO AMENAZADO UNA VISIÓN AGUSTINIANA

Prof. Gonzalo Tejerina Arias, OSA.
Iquitos, 20 de mayo de 2013.

I. Introducción: la amenaza y el desafío del desequilibrio ecológico

El problema del desequilibrio ecológico constituye sin duda uno de los más graves problemas de la humanidad en este momento de su historia, del que se es muy consciente desde hace varias décadas y sobre el que de hecho no faltan propuestas y prácticas concretas en orden a su superación. El ideal de un desarrollo sostenible está perfectamente tematizado desde hace tiempo y hacia él se quieren ajustar muchas políticas, aunque como es bien sabido de modo muy insuficiente, sobre todo porque la superación del problema exige profundísimos cambios en el modo de vivir de las naciones ricas o en el cuadro de aspiraciones de los países en desarrollo que de hecho desean vivir como los más prósperos. Y esos cambios profundos en cuanto a la forma de vida exigen a su vez una nueva comprensión de lo que es el hombre y de lo que debe ser su situación en el medio natural. Es decir, es precisa una muy profunda transformación intelectual y moral que de hecho alumbre una nueva relación del hombre con la naturaleza a fin de que ambos, hombre y naturaleza, no sufran muy graves males, lo que en la actualidad y respecto de un plazo de un siglo, por ejemplo, de no variar mucho las cosas, no está absolutamente garantizado.

Entre las vías de salida de la actual crisis de relación del hombre con el medio natural, muchas y de diverso signo, la fe cristiana desde hace ya varios años está en la convicción de que dispone de algunas propuestas verdaderamente ineludibles con vistas a una superación real de la crisis. Dentro de lo que sería la perspectiva cristiana sobre este asunto en estas reflexiones hemos de considerar en concreto la posible aportación del pensamiento de San Agustín, pero antes de entrar en este aspecto concreto conviene que aunque sea muy someramente recordemos algunos de los factores principales del actual desequilibrio ecológico.

2. Los factores fundamentales de la crisis ecológica

-El agotamiento de los recursos naturales. Las reservas de materias primas y de energías consumibles son limitadas y desde hace dos siglos están siendo sometidas a una explotación salvaje. Decrecen sensiblemente las poblaciones de especies marinas, diezmadas por medios de pesca verdaderamente depredadores. Se camina inexorablemente hacia el agotamiento de las reservas de carbón, petróleo y gas y de metales imprescindibles en la industria actual. El cultivo mecanizado de la tierra para la producción de alimentos, en manos de poderosas empresas multinacionales, está deforestando el planeta, esquilmando la propia tierra y desde hace años en África y Asia, está expropiando a los campesinos pobres o modestos de sus pequeños terrenos de cultivo. En este aspecto hay una desigual responsabilidad. Según un cálculo de hace unos 15 años pero que al parecer no se ha modificado sustancialmente, los países desarrollados, que representan una cuarta parte de la humanidad y ocupan un 40% de la superficie terrestre (bastante más de lo que podría corresponderles), disfrutaban el 82% de los recursos naturales. El 18% restante está a disposición de los países pobres o en vías de

desarrollo que son el 75% de la población mundial. En cuestión energética, se calcula que sólo EE. UU. consume en torno al 35% de la energía hoy disponible en el planeta. Una de las caras más amargas de este agotamiento de los recursos naturales es el inmenso consumo de materias y de energías que absorbe la producción de armamento que de hecho, antes o después, se utiliza para matar seres humanos con el resultado colateral de una alta contaminación ambiental.

- La contaminación del medio. Es quizá el factor más conocido y sobre el que existe más concienciación y preocupación en las sociedades. Como con razón se ha dicho, la civilización industrial está convirtiendo nuestro planeta en un vertedero de desperdicios. La naturaleza ya no tiene margen real para digerir tantos residuos de la actividad humana. Los desechos son de un volumen enorme y en muchos casos sumamente tóxicos (energía nuclear). La contaminación daña gravemente los dos elementos imprescindibles para la vida: el aire y el agua, pero también afecta a la tierra, a los seres vivos que nutren al hombre, los vegetales y los peces del mar. No todos los países son igualmente contaminantes; EE.UU y China, por ejemplo, figuran hoy entre los más agresivos en este asunto, pero lo cierto es que la polución ambiental pronto afecta a toda la humanidad que vive en un mismo planeta en el que el agua y el aire no conocen fronteras.

- El calentamiento global y el consecuente cambio climático. Se trata del aumento de la temperatura media global de la atmósfera terrestre y de los océanos. Aunque algunos políticos se empeñan en negarlo o en relativizarlo todo lo posible, lo cierto es que hace más de 20 años los científicos comenzaron a alertar del aumento de la temperatura media global y su impacto en el complejo sistema climático como consecuencia de la actividad humana. El calentamiento del planeta está ocasionado principalmente por la quema de combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas) que en su combustión para producir energía liberan CO₂ a la atmósfera. Desde la revolución industrial, el modelo de desarrollo ha tenido como motor estas fuentes de energía¹. El calentamiento del planeta acarreará profundas modificaciones en el medio físico con muy graves consecuencias para muchas especies vegetales y animales que se verán en peligro al alterarse seriamente su hábitat natural y tendrá asimismo graves repercusiones sobre la vida humana tal como se halla configurada actualmente.

3. Movimientos sociales y políticos de lucha contra la crisis: La Convención Marco de la ONU (1992), el Protocolo de Kioto (1997) y las Cumbres sobre el cambio climático

El desequilibrio ecológico reviste la mayor gravedad y como decimos es objeto de innumerables estudios, debates y propuestas por parte de muchas instituciones sociales como Greenpeace, WWF (World Wide Fund for Nature), grupos de investigación, y por numerosas agencias interestatales que celebran periódicamente cumbres en torno al cambio climático. Existe una Convención Marco elaborada por las Naciones Unidas para combatir el cambio climático, publicada en 1992 en el que los países firmantes debían comenzar a considerar como reducir las emisiones de los gases de efecto invernadero (GEI y el calentamiento atmosférico). En 1997 se firmó el famoso Protocolo de Kioto como una extensión de la

¹ Factor de influencia clara en el calentamiento del planeta es el efecto invernadero, fenómeno por el cual determinados gases, que son componentes de la atmósfera terrestre, retienen parte de la energía que la superficie planetaria emite por haber sido calentada por la radiación estelar. Este fenómeno evita que la energía recibida constantemente vuelva inmediatamente al espacio, produciendo a escala planetaria un efecto similar al observado en un invernadero. El efecto invernadero se está viendo acentuado en la Tierra por la emisión de ciertos gases, como el dióxido de carbono y el metano debido a la actividad humana

Convención Marco de la ONU por el cual los países industrializados se comprometieron a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero; hasta hoy no ha llegado a ser ratificado por EE.UU. Desde 1995, se han celebrado hasta ahora 19 conferencias sobre la lucha contra el calentamiento global y el cambio climático, siendo las últimas las de Copenhague, en 2009, Cancún en 2010, Durban en 2011, Qatar en 2012 y Bonn en 2013. Con frecuencia, el desarrollo y las conclusiones de estas cumbres son muy pobres y decepcionantes a juicio de instituciones no oficiales de lucha contra crisis ecológica. Ha sido el caso de la Cumbre de Durban en la que a última hora se llegó a un acuerdo de compromiso. Se denuncia que los responsables políticos esconden la cabeza, miran hacia otro lado más preocupados por el corto plazo y por seguir manteniendo el status quo, que por cambiar realmente el rumbo, no responden a este reto con la urgencia y la ambición necesaria.

4. Actitudes o estrategias generales ante el desequilibrio ecológico:

Como ya alcanzara a señalar J. L. Ruiz de la Peña, desde una perspectiva socio-cultural ante la actual crisis ecológica se perfilan tres posiciones generales:

-La permanencia de una mentalidad posesiva, explotadora, de signo prometeico. Continuar con la mentalidad posesiva, explotadora, de signo prometeico, que ha condicionado hasta ahora las relaciones del hombre con la naturaleza. Esta actitud hasta hoy puede verse como la dominante en las sociedades desarrolladas aunque no se formule o se proponga de hecho así: el hombre es el conquistador de la naturaleza. La libertad humana es el máximo valor existente, el mundo circundante es visto exclusivamente como espacio de su voluntad de dominio, como fuente de beneficios, como cantera de explotación. La relación hombre-naturaleza se pervierte. El libre albedrío del hombre es el que define y estructura sin limitaciones la realidad que deja de tener dignidad y sentido propio, sólo está al servicio del hombre. Sistemáticamente despiezada, troceada y fragmentada por el conocimiento analítico de la ciencia, ya no hay naturaleza. Sólo tiene existencia autónoma el hombre desnaturalizado y su libertad absoluta. La sociedad que se configura desde esta mentalidad es una sociedad profundamente consumista, en búsqueda de nuevas sensaciones que experimentar. Se consumen objetos innecesarios a través de la excitación del deseo. Consumir por consumir, el proceso del consumo se finaliza en sí mismo a costa de un agotamiento de los recursos naturales, graves procesos de contaminación y una notable injusticia social.

En el desarrollo concreto de esta cultura es un factor importante la ciencia que desde el Renacimiento abandona la actitud de la observación para introducirse en la del análisis y dominio de la realidad. La ciencia y la técnica han posibilitado una nueva forma de relación del hombre con la naturaleza, que deja de ser inmediata para estar mediatizada por el cálculo y el aparato. La cultura se consolida atendiendo a los imperativos de la técnica. Es más que claro que seguir por este camino es dirigirse directamente al desastre definitivo.

-La opción por la salida naturalista del ecologismo radical. Como reacción al modelo anterior, se busca restablecer el equilibrio hombre-naturaleza reintegrando a aquél en ésta, recuperando el respeto sagrado que el universo infundió a la especie humana y que hoy se ha perdido. Es la línea del ecologismo más radical según el cual, la humanidad tiene que ser consciente de que el suyo es un caso más de la evolución biológica. El hombre no puede manipular a su antojo las leyes y los valores de una realidad, de la naturaleza, que es anterior y primaria, que es la fuente de toda la vida, sagrada, en la que el ser humano se encuentra inmerso por su propia constitución físico-biológica. El hombre debe aprender del animal que ante la naturaleza es mucho más sensato que él: el instinto es más certero que la inteligencia y no produce la

ruptura de ciclos bióticos. En definitiva, se trata de expulsar al hombre del trono en el que él se ha colocado, quitarle la conciencia de especie superior y renaturalizarlo, devolverlo a la naturaleza.

Desde esta mentalidad se ha hecho una severa crítica a la fe cristiana como factor muy determinante del desequilibrio ecológico que hoy padecemos. La revelación judeo-cristiana ha enseñado que es voluntad de Dios que el hombre explote la naturaleza en provecho suyo, con el fundamento teórico de que el hombre ha sido hecho a imagen y semejanza del Creador, lo que le ha otorgado licencia para usar y abusar de un mundo en el que reina en nombre de Dios. La antropología cristiana propicia un dualismo fuerte entre el hombre, que ya no se siente parte integrante de la naturaleza, y la naturaleza misma, la cual ha terminado por vengarse. El “dominad la tierra” de Gen 1, 28 habría alentado una dinámica imparable de dominio de la naturaleza y también de la sociedad por parte del poder eclesiástico, con una concepción progresista, dominante y consumista que nos ha conducido al borde del abismo. De este modo, la doctrina bíblica de la creación es responsable del desastre actual. Según algunos ecólogos radicales la ciencia y la técnica moderna, nacidas en la civilización cristiana, ostentan la arrogancia cristiana y no se puede contar con ellas para salir de la crisis. En este contexto, hay autores que sostienen que si la religión ha sido la matriz en la que se ha gestado la mentalidad que ha llevado a tan grave crisis, la misma religión ha de contribuir decisivamente a superarla, pero no faltan quienes sostienen que las Iglesias cristianas están radicalmente descalificadas para hacer frente a una crisis a la que han contribuido de forma decisiva, por lo cual vuelven los ojos a otros modelos de religiosidad, especialmente a las grandes religiones orientales, de talante más contemplativo y místico que promueven una visión panteizante de la realidad y neutralizan la dura dualidad hombre-naturaleza de la civilización cristiana reintegrando al ser humano al seno materno de aquella.

-La visión bíblica del hombre como tutor responsable de la creación de Dios. Entre los extremismos del racionalismo prepotente y posesivo y la reacción de un vitalismo que quiere aplanar el plus de la razón humana para sumergirlo en los dinamismos de la naturaleza, la revelación bíblica es capaz de señalar otro camino de mayor equilibrio y acierto ante la grave crisis ecológica que padecemos. Es obligado decir, en todo caso, que en esa línea de equilibrio la revelación cristiana no está sola, es decir, los creyentes pueden reconocer valiosas aportaciones surgidas desde fuera del ámbito cristiano. En este asunto, como en tantos otros, es preciso reconocer que la razón ponderada proyectada en el sentido ético, la ciencia natural, la planificación económica es capaz de apuntar con acierto muy correctos planteamientos para salir de la grave amenaza en que nosotros mismos, también los cristianos, nos hemos sumergido. Cuando, por ejemplo, el Fondo Mundial para la conservación de la Naturaleza (WWF) afirma que el cambio climático es sólo la punta del iceberg de un modelo económico insostenible, que los impactos ambientales que produce este modelo actual así como lo costoso del mismo, hacen necesaria la transición hacia un modelo energético basado en el ahorro, la eficiencia, las energías renovables y la justicia social, que la crisis económica, ambiental y social son diferentes manifestaciones de un modelo de desarrollo basado en los principios de explotación de los recursos para extraer el máximo beneficio en el menor tiempo posible sin considerar el impacto que esto genera en los ecosistemas y en las poblaciones, que el cambio climático es un problema global se necesita el acuerdo y la participación de todos los países, la conciencia cristiana no puede no reconocer la sensatez y la responsabilidad moral de estos juicios.

Según esto, pues, la fe es consciente que ante el grave problema ecológico, sus aportaciones ni son ni pueden ser las únicas verdaderas o acertadas, y en todo caso nunca se situarán en el plano de las soluciones técnicas concretas en el cual no tiene competencia alguna.

Lo que el cristianismo puede ofrecer está en el plano de la interpretación general de la realidad y de la ética de la actuación del hombre en el medio natural. En este nivel la revelación bíblica está, sin duda, en grado de ofrecer puntos de vista propios y de particular fecundidad.

5. Los desarrollos generales de una eco-teología desde la fe en la creación

Un dato fundamental desde la perspectiva cristiana es la afirmación del hombre como fin, nunca como medio, y poseedor de una dignidad absoluta por encima de cualquier otro ser natural. El hombre ocupa indiscutiblemente la cima de la entera realidad, pero esto también significa que los demás seres están en esa misma pirámide y tienen por tanto su valor propio. Es decir, la afirmación cristiana del valor supremo del hombre no implica negar valor y significado a los demás seres, al contrario. No se puede exaltar al hombre prometeicamente como si la naturaleza no tuviera sentido alguno, pero tampoco puede ser sumergido dentro del fenómeno vital sin diferenciación propia. Ni se puede mitificar al hombre ni se puede mitificar a la naturaleza porque absoluto sólo es Dios. La doctrina bíblica sobre el mundo como creación aleja de toda mitificación al afirmar a Dios como único Señor de la realidad. Si el hombre es colocado como la única y exclusiva norma de toda la realidad, su absolutización permitirá que continúe el expolio de la naturaleza porque él se siente su amo. Y si se toma como norma la naturaleza en general, el hombre queda inmerso y sumiso a los mecanismos impersonales del devenir cósmico. La afirmación de Dios y del mundo como creación suya confiere un sentido y una dignidad a todos los seres que debe ser respetada.

Ciertamente, según la fe cristiana, el hombre puede transformar la realidad, pero no tiránicamente, con violencia, porque no es su señor absoluto. Esto nunca se dice en los textos de la Escritura. El hombre puede transformarla, pero racionalmente, es decir, con sentido ético, de acuerdo a sus verdaderas necesidades, no sometiéndola a la tiranía de sus caprichos irracionales. En este sentido, no tienen razón alguna las acusaciones que hemos mencionado del ecologismo radical contra el creacionismo bíblico. La Escritura deja perfectamente descrito al hombre como una criatura en el mundo, lo que debería bastar para tratar con respeto toda la creación. El hombre imagen de Dios a quien se le encomienda el mundo no queda situado como señor omnipotente, sino como administrador del mundo. El encargo recibido no significa saquear, extenuar, envenenar o destruir la naturaleza, tratarla con avaricia e irreflexión, sino humanizarla, tutelarla con sabiduría, amor y fidelidad. Gen 2, 15 que es anterior al relato de la creación del cap. 1 habla del cuidado de la tierra por parte del hombre. En este lugar queda claro que sólo Dios es señor de la creación, cuyas leyes el hombre no puede violentar a su capricho. La única soberanía completa de Dios pone un límite claro al dominio del hombre sobre el mundo. La tierra es de Dios y los hombres viven en ella como huéspedes, como se lee en Lev 25, 23).

Cuando el hombre abusa del encargo recibido, las consecuencias son su propio envilecimiento y la ruina del medio natural como se lee en Is 24, 3-6: “La tierra ha sido profanada por sus habitantes... una maldición la devora y de ello tienen la culpa quienes la habitan”. San Pablo en Rom 8, 19 ss hablará de un mundo en el que el pecado del hombre ha impreso las huellas de la corrupción y que aspira ansiosamente a ser liberado de tal servidumbre. Y como el mismo Apóstol enseña, la consumación escatológica abarcará también a la creación que también aguarda entre gemidos su liberación.

6. Inspiraciones del pensamiento agustiniano sobre la relación del hombre con el mundo

En este marco, hemos de abordar la aportación de S. Agustín al problema grave y

urgente del desequilibrio ecológico. Como también es evidente, en este caso, no se puede esperar del pensamiento de Agustín algo que tenga que ver con un desequilibrio ecológico. Si siquiera existen en su obra indicaciones significativas sobre la correcta relación del hombre con el medio natural. La ética, humana y religiosa, referente a la actuación del hombre ante el medio natural, tardará aún mucho tiempo en despertar y formularse formalmente. Sin embargo, Agustín, como en general la fe o la teología, ofrece un puñado precioso de claves anteriores a la ética del medio ambiente en lo que es su interpretación radical de la realidad, esto es, su ontología del ser creado que impone una línea general de actuación del hombre en el mundo que supone una aportación fundamental para la superación del desequilibrio ecológico en su raíz. Veamos, pues, esta ontología agustiniana, la visión del Obispo del ser, de lo real, del mundo, de la creación.

-La ontología del orden. En la visión de lo real que elabora Agustín hay un concepto fundamental, o mejor, un fenómeno verdaderamente radical de la realidad en su conjunto que es el orden. El orden o el fenómeno del ordenamiento aparece en el pensamiento agustiniano como un factor constitutivo de la realidad y por tanto, como veremos, impone al hombre un modo de actuar en el seno de la real. El orden es la disposición natural, existente entre los seres que asigna a cada uno el lugar que le compete². Orden significa que cada cosa está o debe estar en su lugar sin invadir o, pretender hacerlo el lugar que le corresponde a otra. Existe un orden general, o como dice Agustín "ordo universitatis"³, ordenamiento en el que entran todas las cosas, de modo que el mundo es una totalidad estructurada. Nada es real y pensable, nada existe y nada puede ser conocido, fuera del orden. Tender al ser es tender al orden y el orden produce ser: "La ordenación hace ser y el desorden no ser"⁴. El mundo sólo existe como totalidad ordenada y es tal es la importancia del orden que como bien se ha dicho llega a ser uno de los transcendentales de la ontología agustiniana (*Naturaleza del bien*), es decir un carácter fundamental de todo ser por el hecho mismo de ser. Por eso, al igual que para los griegos, para Agustín el mundo creado es un "cosmos", una realidad bella, ordenada, transida de "logos", o sea, de "razón", que afecta también a la materia que es bella y ordenada.

Este orden que sostiene la realidad entera implica jerarquía, graduación de las cosas que estando todas bajo el Creador, poseen un valor distinto. Efectivamente, este ordenamiento de la realidad sólo se entiende desde su raíz creacional, de modo que en el orden el elemento primordial es el designio creador de Dios. Por creación existe un orden del ser. La Providencia, la razón en el mundo y en la historia, van asociadas a la idea de orden, con su número y medida, como pautas de un esplendoroso acontecer. De esta manera, lo individual atiende a su función y da y recibe al mismo tiempo. Este orden que rige lo real, no está absolutamente cerrado, no es un mecanismo determinista, sino algo abierto, que la libertad humana puede tutelar o puede alterar en distinta medida. El universo agustiniano nada tiene de fisicista, el ordenamiento del mundo es dinámico desde su creación toda vez que ha sido hecho desde las razones seminales de la mente divina.

De este orden se derivan dos cosas, la paz y la belleza del mundo.

-La paz, *tranquillitas ordinis*, como derivación del cultivo del orden. Para Agustín la paz es

² *La Ciudad de Dios*, XIX, 13, 1.

³ *De Ordine*, I, 1, 1.

⁴ *De mor. Manich.*, II, 6, 8; cf. *La Ciudad de Dios*, XX, 5. Véase A. UÑA JUÁREZ, "San Agustín: belleza sensible y belleza del orden", en *La Ciudad de Dios* CCXII (1999), 198.

consecuencia directísima de la realidad del orden. Este mundo está formado por una pluralidad y diversidad de seres y el orden entre todos ellos es lo que garantiza la paz. Sólo mediante el orden y su tutela se preserva la armonía del conjunto, porque nada va por su cuenta con el riesgo de desencadenar el caos, sino que cada elemento se liga al todo para realizarse en lo que él es, contribuyendo así a la armonía de esa totalidad. La verdadera paz, según la célebre definición agustiniana es “la tranquilidad del orden” y afecta a todo la realidad. La paz, por tanto es respeto a un ordenamiento, se deriva de la aceptación de una jerarquía de realidades, de valores. Como el orden del que procede, la paz es para Agustín tanto una realidad como una aspiración universal. En la guerra, en el conflicto, nada puede subsistir, de modo que todos los seres ansían vivir armónicamente, ordenadamente porque de lo contrario no subsisten. También el hombre lleva en sí la paz como una aspiración fundamental.

La paz como tranquilidad que se deriva del orden, es también manifestación de otra realidad anterior y más profunda que es el amor, porque el amor auténtico es realización concreta del orden o porque el orden es siempre un orden amoroso, un ordenamiento que ensambla armónicamente. Como hemos dicho, cada cosa mantiene el orden cuando ocupa su lugar y cuando es así lo que debe ser. Esto ocurre gracias a que en el interior de cada ser hay una tendencia, una inclinación dinámica a mantenerse en su sitio para realizarse. Pues bien, esta tendencia no es otra cosa que una forma de amor que mira a llevar a cada cosa a su realización⁵. Los seres, el hombre, tienden naturalmente hacia su fin por una inclinación que es una especie de amor genérico, lo que Agustín llama “pondus”, o sea, una gravitación natural hacia el propio fin y que ha expresado en la famosa frase de las *Confesiones*⁶ “amor meus, pondus meus”, mi amor es mi peso, o sea, la inclinación natural por la cual me oriento afectivamente hacia el propio ser y el propio fin. En definitiva, esa tendencia amorosa, de carácter natural a estar en el propio sitio y a realizarse según la propia naturaleza vocación, genera un orden, un orden armonioso, cordial, y este orden es la fuente de paz. Cuando el hombre quiere realizarse siguiendo el orden del amor lleva a cabo el cumplimiento de su vocación sin causar daño a los demás. Cuando hay armonía y concordia entre los hombres, cuando se respeta o se cultiva el orden debido, entonces se realiza la paz humana, la cual, como se aprecia, está indisolublemente ligada al amor y el orden u ordenamiento que éste promueve.

Entre los espacios en que se realiza la paz, el primero, evidentemente, es la paz personal, en el interior del propio sujeto. La paz se construye desde el corazón humano, donde anidan las pasiones, donde se desencadenan los afectos desordenados que alteran toda la actividad del sujeto y su relación con los demás, donde surgen las ambiciones que desencadenan la violencia y las guerras. Aunque todos tengan horror a la guerra y deseen la paz, la guerra habita en el corazón del hombre⁷. Nace radicalmente la paz en el interior del hombre, debidamente ordenado. Del orden interior nace la paz en el hombre y este orden es “ordo amoris”, re-ordenamiento de su corazón, de su amor, en la unificación afectiva bajo la razón iluminada por la verdad revelada por Jesucristo (*Sobre la verdadera religión*, 48, 92). De aquí el combate ascético o moral, la lucha espiritual, bajo la acción de la gracia de Jesucristo, por el ordenamiento del afecto: “Vive justa y santamente quien estima las cosas en lo que

⁵ *La Ciudad de Dios*, XI, 28.

⁶ *Confesiones* XIII, 9, 10.

⁷ *Sermón*, 25, 1

exactamente valen, es decir, aquél que tiene ordenado su amor⁸. Para que exista, pues, paz social es preciso que los hombres estén en paz consigo mismo, esto es, que observen su propio orden, que su corazón esté habitado por un amor vinculado al amor divino. Las cosas son de tal modo que el hombre sólo puede estar en auténtica paz consigo mismo cuando hace las paces con Dios, cuando reconoce su señorío y el amor a Él es el primer criterio organizador de su vida propia.

-La belleza como esplendor formal del *ordo rerum*. el orden deriva también la belleza, lo que significa que en pensamiento de S. Agustín existe una estrecha relación entre paz y belleza aunque no la podamos desarrollar. La conciencia de la hermosura cósmica fue para Agustín una experiencia fundamental y buscar el concepto de lo bello un quehacer permanente en él. Para Agustín, la belleza, como la paz que es su hermana y como el orden, del que ambas proceden, es un hecho universal, se extiende a todo lo creado porque el mundo es obra divina y forma una *universitas pulchritudo*, o *pulchra universitas*⁹. Para el hombre, en concreto todo lo que le es apetecible ha de ser bello, sólo lo bello, según Agustín puede ser objeto de amor por parte de los humanos. Pues bien, en la comprensión de esta belleza universal una clave decisiva es también la noción de orden. El orden y la belleza que de él resulta están en la proporción. Las cosas concretas son bellas porque sus componentes son entre sí semejantes y mediante un vínculo interno forman un conjunto conveniente¹⁰, y a su vez la totalidad de los seres en su interconexión constituye un universo en orden y un verdadero cosmos, un todo ordenado y hermoso. Lo bello, para Agustín, se deja comprender solamente por relación al orden: “Nada hay puesto en orden que no sea bello”¹¹.

Dentro del orden del mundo juega un papel el número, y ambos, orden y número, proclaman que en el mundo hay razón y que es bello, pues el ordenamiento numeral es la clave secreta de toda belleza. Agustín tiene como la necesidad de comprender hasta el fondo el fenómeno del orden y entonces llega a la *racionalidad del número* y habla de ritmo, de armonía en cuanto generados por el número; de la conjunción racional de lo plural y diverso en la unidad: “Observa el cielo, la tierra y el mar y todas las cosas que resplandecen en lo alto o que caminan por lo bajo o que vuelan o nadan. Tienen forma porque tienen números y si se los quitas ya no serán nada”¹².

Si el orden del ser se vincula a la belleza, entonces en la visión agustiniana de la realidad los términos en correlación son cuatro: *creación* universal, *orden* universal, *belleza* universal, *paz* universal¹³. Como orden creacional, nada hay extraño o exterior a este concierto su belleza y nada podría modificarlo¹⁴. El espantoso espectáculo de miserias que nos circunda no lo puede eliminar. Más aún, desde la visión global y conjunta, lo negativo, feo y malo resulta

⁸ *De Doctrina christinana*, I, 27, 28.

⁹ *De lib. arb.* III, 15, 43; III, 9, 27.

¹⁰ *De vera religione*, 32, 59.

¹¹ *De vera religione*, 41, 77; A. Uña Juárez, *O. c.*, 203.

¹² *De libero arbitrio* II, 16, 42.

¹³ *De quant. An.*, 36, 80.

¹⁴ Véase *Conf.* VII, 13, 19.

necesario para la viabilidad del todo.

Vayamos ya ahora, desde estos elementos fundamentales de la visión agustiniana, a las derivaciones que se siguen relativas al trato del hombre con el mundo natural. Es evidente que la realidad, constituida como Agustín expone, sobre el eje o el fundamento del *ordo*, impone al hombre un modo de estar y de actuar en ella si quiere habitarla adecuadamente, un modo de estar que en sustancia consistirá en el respeto a ese orden como fuente de equilibrio, de paz, armonía y belleza. Más en particular podemos señalar los siguientes principios o elementos fundamentales

1. Reconocimiento de la existencia de un orden objetivo, anterior y superior al hombre, gracias al cual existe el mundo y al que hay que atenerse so pena de poner en peligro el mundo. El hombre debe reconocer alguna superioridad o anterioridad al mundo físico que existía antes que él y del cual él procede. Esto forma parte de la condición creatural del hombre reconocer que la naturaleza le precede, que él depende de ella y que por tanto no es su señor absoluto. La metafísica agustiniana del *ordo* impone un estricto reconocimiento de un plano de objetividad que para el hombre es normativa, que no puede alterar sin destruir la realidad y por tanto destruirse a sí mismo. Si la realidad sólo existe como realidad ordenada, tal como Agustín enseña, entonces acatar ese orden es acatar la realidad como en alguna medida superior y sin este acatamiento el hombre no podrá habitar en ella.

2. Es preciso, pues, acoger el ordenamiento objetivo del mundo que procede y expresa el plan creador de Dios. Que la crisis ecológica haya sido propiciada en gran medida por el desarrollo científico y económico impulsado por países occidentales de tradición cristiana pone de relieve qué poco cristiana era realmente la cultura de esos países. Por ejemplo, qué poco conocimiento y aprecio ha debido haber en la el pensamiento y la cultura europea de la vigorosa teoría agustiniana del orden, la paz y la belleza. Es evidente que el hombre como inteligente y libre no puede ser pasivo en el mundo pero su creatividad debe conciliarse con el orden dado. El hombre no puede desarrollar su inventiva en el mundo violentándolo, sino humanizándolo, esto es, transformando el mundo con sentido moral. No habrá paz, armonía del hombre con la naturaleza si él no respeta su orden natural que es la lógica del Creador impresa en sus criaturas. Si la paz, según Agustín, deriva del orden, es evidente que no habrá paz entre el hombre y la naturaleza si el hombre no mantiene con ella una relación ordenada, que consiste en modificar respetuosamente el medio, reconociendo la dignidad natural de los seres, de los que puede usar, pero sin envenenar, extenuar, afear, destruir el medio natural. Si ese orden que sostiene el mundo, es además, como Agustín enseña, un orden amoroso, el hombre tiene que aprender a actuar amorosamente dentro frente a la naturaleza, ejerciendo un dominio no despótico, sino, sino cordial, aprendiendo a ejercer su superioridad sin violencias.

3. Actuando de este modo, en acogida y transformación respetuosa del medio natural en su ordenamiento propio, el hombre tutelaré la belleza del mundo y su propia belleza espiritual. Atentar contra el orden natural lleva, según la estética agustiniana, a afear la naturaleza como en realidad vemos con harta frecuencia en la actividad industrial del hombre que violenta y afea el medio natural. El hombre debe cultivar la belleza de la naturaleza porque como advierte Agustín sin lo bello el hombre no puede vivir porque sólo se puede amar lo que es hermoso: “¿Podremos amar algo que no sea bello?” La belleza es un alimento necesario para el espíritu del hombre y también por eso debe tutelar y proteger la hermosura del mundo que necesita para no embrutecerse él mismo. Y esto vuelve a significar el deber de respetar el orden de las criaturas que según nos enseña Agustín es la matriz de su hermosura. La actuación violenta sobre el medio natural lo embrutece y embrutece a su autor que es el

hombre.

4. Para que el hombre se inserte no violentamente sino con una creatividad armoniosa en el seno de lo real, para que actúe sobre su ordenamiento natural, justamente, equilibradamente, éticamente es preciso que el hombre mismo esté ordenado, es decir, según el pensamiento agustiniano que esté interiormente, en su corazón, en sus afectos, él mismo ordenado. No actuará el hombre con orden ante el orden natural, ante la naturaleza en su ordenamiento propio, sin él mismo no está en orden. El genio de la introspección psicológica que es Agustín enseña como nadie que la actuación ordenada del hombre en el mundo, transformando, pero no violentando su orden nace en una interioridad limpia, sana, ordenada. La ética agustiniana tiene como eje o móvil principal el “ordo amoris”, esto es el ordenamiento de los afectos, en lo cual consiste la moralidad humana y que preservará y potenciará la paz y la belleza en el mundo. El bien moral, la rectitud que permite el cabal desarrollo de la persona consiste en vivir ordenadamente jerarquizando los querer y esto es la belleza espiritual del ser humano como ser moral. Cuando el hombre está lleno de soberbia, cuando ama desordenadamente entonces lleva a cabo una *de-ordinatio* moral con efectos ontológicos porque desajusta la realidad misma. Cuando el hombre esté con una verdadera disciplina afectiva, cuando ame sin posesividad, sin soberbia, sin avaricia, cuando distinga como hace Agustín entre el *uti* y el *frui*, cuando use las cosas con respeto sin pretender disfrutarlas con una posesividad que llevará a su agotamiento o su destrucción, entonces entablará una relación armoniosa con el mundo.